

Prefacio

Dicen que cuando te mueres toda tu vida pasa por delante de tus ojos como una película. Doy fe. Reviví mis mejores momentos de la infancia: vacaciones, cumpleaños, Reyes... y también los más duros, como la primera vez que me caí de la bici, a lo grande, o las burlas de mis compañeros de clase. La soberana hostia con la que Margarita correspondió a mi intento de levantarle la falda, mi acné, mis gafas y mis aparatos metálicos en los dientes en plena adolescencia. El final del instituto, la llegada a la universidad, los baldíos intentos de atraer a algún ser del sexo opuesto, la orla y, de repente, una luz blanca que me succionaba y todo lo invadía hasta el punto de velar la última parte de la película, puesto que tengo una laguna de dimensiones considerables que me impide recordar los últimos días de mi vida.

Si alguna vez os veis en esta situación seguramente también os pique la curiosidad. Os puedo decir que, si bien al principio estás un poco cabreado por el cambio de barrio, la muerte se hace mucho más llevadera tras saber cómo y por qué has ido a dar en ella con tus huesos.

I. Domingo (cosas que nunca supe)

Una avioneta de recreo modelo Cessna 172 surca el cielo catalán desde Empuriabrava con dirección al Aeródromo de Manresa. A las ocho y treinta y siete minutos de la mañana empieza a sobrevolar el mar de nubes que vive sobre la Plana de Vic. Tres minutos más tarde se encuentra a ochocientos ochenta y ocho metros exactos, en una perfectísima línea vertical, sobre la cabeza de Josep Armengol i Tomàs, tertuliano deportivo en sus ratos libres en el bar de Manel y granjero de profesión.

De haberse encontrado la avioneta diez o doce metros más cerca sin duda podrían haberse oído desde su interior todos y cada uno de los improperios, ya existentes o creados para la ocasión, que el señor Armengol utilizó para dar los buenos días a aquel neblinoso 14 de marzo al verse solo en un cercado que, en principio, no debería haber estado vacío.

—*La mare que els va parir!*—

Por deferencia hacia el lector omitiré algunos de los calificativos que siguieron a esta primera exclamación proferida por Pepet, nombre por el que era más conocido en su círculo de allegados, plantado como un idiota con las manos en la cabeza en el centro geométrico del cercado del que, hasta el momento, había sido el semental de su granja de vacas.

—¡Si antes o después esto tenía que pasar!

En el preciso instante en que terminaba de pronunciar aquella frase sus ojos se encontraron con los de Bitxo, un perro chucho que observaba a su dueño con el temor, justificado, al parecer, de acabar siendo considerado el culpable de todas sus desdichas.

—¿Dónde está Cañete? —preguntó el granjero al perro— ¿eh?, ¿dónde, dónde?, ¿dónde estaba anoche el perro guardián?, ¿eh?, ¿dónde, dónde?

El pobre chucho soportaba armado de paciencia la bronca que le estaba cayendo por haber sido, aparentemente, él mismo el que robara a Cañete amparado en la oscuridad de la noche.

—¿Para qué queremos un perro?, ¿eh?, ¿para qué? ¡Para hacer butifarras! Nos sería más útil.

[*Las pesquisas de un cadáver amnésico*](#) (capítulo primero) – Silvia Márquez Comino

Bitxo se preguntaba para qué querría su dueño más butifarras, puesto que estaba claro que las que ya le sobraban se las metía en las orejas para dormir sin riesgo de ver importunado su descanso por molestos ruidos innecesarios, como podrían serlo sus ladridos en un desesperado intento de justificar los escasos platos de sobras que le servían de sustento. No había otra explicación posible a la falta de respuesta a sus ladridos de la noche anterior.

El *Sergent* Perales se disponía a hincar el diente al bocadillo de jamón que le iba a servir de cena en el bar Las Torres, justo enfrente de la comisaría de los *Mossos d'Esquadra* de Poblenu, cuando vio iluminarse encima de la barra la pantalla de su móvil. Suspiró y deseó con todas sus fuerzas que no se tratara de ninguna urgencia que le impidiera acabar tranquilamente con su cena y matar el tiempo en su oficina durante la hora y media que faltaba hasta que finalizara su turno.

—Perales —respondió secamente ante la certeza de que las noticias no iban a ser buenas.

Malas noticias, no se equivocaba; el servicio de urgencias había recibido una llamada anónima alertando de que un hombre necesitaba ayuda urgente en una nave industrial de la calle Ávila. La ambulancia no pudo más que certificar la muerte del sujeto, al parecer de una forma un tanto peculiar.

—*Sergent*, lo necesitamos. Tenemos un muerto en el número ocho de la calle Ávila.

—¡Mierda! —El silencio se hizo al otro lado de la línea, confirmando la sospecha de Perales de que los impulsos eléctricos de su cerebro habían conseguido movilizar a todo su aparato fonador antes incluso de que su interlocutor acabara de pronunciar la frase— Voy para allá.

Y, sin más, colgó. Era en aquellos momentos cuando se arrepentía de haber abandonado su monótona aunque tranquila vida de Policía Nacional de oficina en un intento de retomar su carrera de agente de calle, animado por la campaña de reclutamiento de los *Mossos* entre los miembros de los otros cuerpos de seguridad del Estado destinados en Cataluña. Su decisión sólo lo llevó a aprender catalán, después de

[*Las pesquisas de un cadáver amnésico*](#) (capítulo primero) – Silvia Márquez Comino

los cuarenta años que llevaba viviendo en Barcelona, por lo demás, lo único que consiguió fue sumir en un continuo cambio de planes su vida personal; los malos tenían la fea costumbre de liarla a no más de dos horas del fin de su turno, tiempo suficiente para que le asignaran el caso y, por lo tanto, tuviera que dedicar las horas inmediatamente posteriores al delito a una concienzuda investigación, en vez de destinarlas al sueño, puesto que la vida de agente de calle le robaba todas las energías con que antes llegaba a casa deseando ponerse manos a la obra con la reproducción naval en la que se encontrara trabajando en aquel momento. En su taller tenía, apenas acabada la estructura básica, el Montañés, un navío español de 74 cañones y 1.250 milímetros de eslora por el que su señora había puesto el grito en el cielo; ¿dónde pretendía meter semejante bicho, de casi un metro de altura por uno y cuarto de largo, si su casa ya parecía un museo naval?

De un par de tragos se bebió la cerveza sin alcohol con la que iba a acompañar su bocadillo. Mientras, Manolo, un orondo señor gallego que, tras veinte años de camarero en aquel mismo bar, había logrado ahorrar el dinero suficiente como para pagar el traspaso cuando su jefe decidió jubilarse, le envolvía en papel de plata el bocata de jamón que no había podido ni llegar a probar.

—El deber es el deber —dijo Manolo, con aquella voz aguda que nadie esperaba escuchar salir del cuerpo de semejante espécimen, sonriendo maliciosamente sin ningún disimulo mientras le cobraba bajo los jamones que colgaban del techo sobre la caja.

—Pues empiezo a estar hasta los mismísimos del dichoso deber y del momento en que se me ocurrió dejar mi antigua vida. Con lo bien que yo estaba —Extendió la mano para recoger el cambio—. Hoy no hay propina.

La minúscula boca de Manolo se abrió para dejar salir una sonora carcajada, del todo insospechada después de oírle hablar; era como si la risa le resonara en la tripa y aquella boquita fuera la única vía de escape que ésta tuviera para no hacerle explotar. Mientras, y como para enfatizar dicho riesgo, el color natural de su piel pasaba del rosa porcino al rojo del marisco de su tierra.

—Hasta mañana, generoso.

Perales, ya de camino a la salida, levantó su bocadillo a modo de saludo y salió por la puerta.

Dividió sus cinco sentidos como un campo de cultivo; destinó la vista y el oído a la conducción de manera automática durante el escaso minuto que lo separaba de su destino, y el olfato y el gusto a la degustación virtual de su cena, todavía intacta en el asiento del copiloto. El tacto lo dejó en barbecho para poder sacarle más rendimiento cuando fuera necesario.

Condujo a lo largo de la calle Ávila y, unos metros antes del cruce con la avenida Icaria, aparcó su Toledo gris metalizado en la zona reservada a los clientes del hotel Icaria BCN, en la misma puerta del escenario del crimen. Se dirigió a la entrada de la nave en la que se habían producido los hechos y se identificó ante el agente que custodiaba el acceso.